

AFORISMOS II

EUGENIO VIEJO



Tony Goya
1997

En memoria de Tony Lyons (1924 - 2007), porque
"El agradecimiento es la memoria del corazón"
(Massieu).

Eugenio Viejo

AFORISMOS II

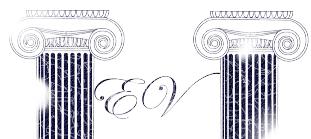
Copyright: Eugenio Viejo García
Número de R.P.I.: M-36643
(Con otro título)

Título original: *Aforismos II*

Eugenio Viejo, 2019

Ilustración de Cubierta: Tony Lyons

Cuadro original pintado para el autor el 19/11/1997



Índice de contenido

Cubierta

AFORISMOS II

Cuadro de Tony Lyons

Aforismos II

Sobre el autor



Aforismos II

La relación de la mayoría de las personas con la vida es como la de los ánades con el agua; pese a vivir inmersos en ella, no llegan a impregnarse.

間

Cuando las agencias de publicidad se hubieron cerciorado de que, en efecto, no creía pero lo que se dice absolutamente en nada, le llovieron los contratos para redactar programas electorales.

間

Al comprender que lo anunciado se cumpliría ineluctablemente, se deseó a sí mismo humildad y corazón de niño cuando aquello se cumpliera.

間

Soñó que en lo alto, agitada por el viento sobre un fondo de cielo claro, flameaba de nuevo la vieja enseña roja de la fraternidad.

間

Cuando un amigo le dijo que seguramente el sufrimiento le ayudaría a convertirse en mejor artista, se preguntó si aquel amigo sabía lo que era el sufrimiento... o el arte.

間

Pensó en el tiempo en que se decía «Arriba como abajo» y escucharlo reconfortaba el ánimo. Hoy se sabía que ni «arriba» ni «abajo» eran nociones susceptibles de ocultar con éxito la radical efimeridad del ser, y lamentó que se hubiese tenido que pagar tan alto precio por la posibilidad de navegar por el ciberspacio.

間

Los días se habían convertido para él en laberintos en los que, con cada amanecer, debía reiniciar la búsqueda de la perdida vitalidad de otro tiempo.

間

Después del Cataclismo, cuando las Potencias que Son, tras ponderarlo mucho, decidieron hacer de nuevo al ser humano, tomaron algunas precauciones.

Privados de la libido, el hombre y la mujer de la primera reedición vagaron largos años con aire ausente por una Tierra regenerada y fresca, antes de sucumbir al tedio y dejarse morir de inanición cada uno por su lado.

En la segunda reedición se les restituyó pues la libido, pero conscientes las Potencias de los estragos que los celos y el afán de posesión habían causado en anteriores ediciones, privaron a las nuevas criaturas de la facultad de imaginar y de todo sentido de la posesión.

Es cierto que los individuos de esta nueva edición parecieron demostrar mayor apego mutuo y más resistencia frente al tedio. Pero privados de imaginación, vivían su existencia al día, y si algo les sacaba de la rutina cotidiana era el recuerdo de una felicidad pasada, que como es sabido siempre parece mayor y más perfecta que la actual y se convierte así en fuente de una melancolía a la postre fatal. Su voluntaria extinción se vio acelerada, además, por la sensación de insuperable desarraigo con que la carencia de toda inclinación a poseer —y su lógico corolario de no poder sentirse a la vez pertenecientes a un Otro e incluso a un Algo mayor

que uno mismo y en definitiva reafirmador de la propia identidad— había desvirtuado desde el principio su relación simbiótica con la Tierra.

Ante estos resultados de nuevo decepcionantes, las Potencias que Son se reunieron en asamblea. Los debates fueron largos y prolijos. Cuando al fin se efectuó la votación, sus resultados no sorprendieron a nadie. Si acaso, hubo algunos murmullos de decepción, ante la poca inventiva demostrada por quienes, encargados de nombrar a los sujetos que constituirían la tercera reedición, les dieron por nombres Adán y Eva.



Se preguntó si la fuerza que iba a necesitar para seguir adelante le vendría del amor que los demás sentían hacia él o del amor que él fuese capaz de sentir por los demás. De esa pregunta dedujo que al menos parecía seguir creyendo en la posibilidad del amor.



Durante mucho tiempo estuvo intentando en vano convencerse de que sería inmortal, hasta que por fin alguien tan generoso como sabio acabó por asegurarle que, al menos a sus ojos, ya lo era.



Dicen los astrónomos que lo que maravilla de las estrellas pulsantes es no poder decir si cada latido constituye el beso que una de ellas envía al universo o la palpitación que ella misma experimenta al recibir la caricia del universo. Por eso aún se ignora el proceso exacto de la concepción del universo.



En su madurez se hizo coleccionista, pero sólo atesoraba timbres de un tipo muy particular: los que habían servido para sellar las grandes amistades.



Cuando alguien se inquietó por el gran volumen de producción cotidiana a que le movía lo que decía sentir, él respondió:

—Como podría haber dicho Hesíodo: Si bien es cierto que cada día trae sus trabajos, no lo es menos que cada trabajo trae, afortunadamente, su día.

間

Su mayor debilidad, y tal vez también su mayor mérito, había sido aspirar siempre a una felicidad y una armonía terrenas que sin embargo sabía imposibles y que las circunstancias y los hechos se encargaban en cada nueva ocasión de confirmar como tales. Lo cual no le impedía reiniciar de nuevo el intento de hacerse merecedor de ellas en cuanto se le presentaba la ocasión.

間

Miró a su alrededor y, por no contaminar a sus semejantes con el desánimo que lo visto le causaba, guardó silencio

Una vez que hubo descubierto tal posibilidad, sus silencios se hicieron cada día más frecuentes y prolongados.

間

Pensó que una de las claves de su biografía había sido la incapacidad de aceptar lo que la mayoría de sus semejantes toleraban como normal.

間

—Dime, ¿quién eres? —le preguntó la voz que venía de dentro.

Y él, que durante su vida no había tenido más certeza que la de ser quien era y la de haberse hecho a sí mismo, respondió al cabo de larga reflexión:

—No lo sé.

Cuando hubo pasado tanto tiempo que ya creía que nunca más volvería a escucharla, oyó que la voz decía:

—Mejor así. Ahora tal vez tengas la posibilidad de llegar a ser realmente.

間

Tratando de comprender la sinrazón de aquella guerra, dio en recordar la vieja constatación de Tristán Tzara: «*Si chacun dit le contraire, c'est parce-que tous ont raison*».

間

Al sobrevolar las verdes ondulaciones que rodean Nairobi intuyó lo que podría haber sido su vida en aquel paisaje y bajo aquel cielo

luminosamente azul. Luego le embargó la melancolía de las grandes ocasiones perdidas.

間

Era tan sensible y tan variable que quienes le trataban con cierta intimidad comenzaron a llamarle Señor Termómetro.

最終

© Eugenio Viejo
Mayo de 2019



EUGENIO VIEJO GARCÍA (Madrid, España, 1942). Nace en el barrio madrileño de Lavapiés en el seno de una familia obrera. A los trece años abandona la escuela para comenzar a trabajar, y durante los diez años siguientes ejercerá diversos oficios al tiempo que busca ampliar sus conocimientos de manera autodidacta, estudiando idiomas y frecuentando ambientes como el Ateneo y el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. Cumplido el servicio militar emigra a Inglaterra, donde trabaja un año en un hospital próximo a Liverpool, regresando luego temporalmente a España para obtener la cartilla de navegación que le permite enrolarse en un pequeño buque mercante que navega por el Mediterráneo. Después se dirige a Rótterdam, donde es contratado como camarero de oficiales en un trasatlántico que hace la ruta Rótterdam - Nueva York.

En 1966 contrae matrimonio y junto con su esposa norteamericana emigra a Chile, donde hasta 1970 trabaja en una revista de divulgación científica en cuya creación participa, compaginando las labores periodísticas con la traducción de libros. De vuelta en Madrid, a finales de 1970 es contratado como traductor por la Agencia EFE, donde permanecerá los ocho años siguientes, compaginando su trabajo con los estudios de periodismo hasta licenciarse en la primera promoción salida de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense. En esa época milita política y

sindicalmente, participando junto con otros periodistas en la publicación de la revista Gaceta de Derecho Social, creada por varios despachos de abogados laboralistas que asesoran al emergente movimiento obrero de oposición al régimen.

Después de la muerte de Franco, abandona la militancia política y sindical y, tras aprobar un concurso internacional convocado por la Organización de las Naciones Unidas, en 1977 es contratado como traductor y redactor de actas por la Secretaría de esa organización y viaja a Nueva York con su esposa y su hija, permaneciendo en dicha ciudad hasta 1987, cuando se traslada a la sede de la ONU en Ginebra para seguir desempeñando las mismas funciones. La naturaleza de su trabajo le lleva a viajar por África, América, Asia y Europa hasta que, en 1997, renuncia a su puesto en la organización mundial y vuelve a España con su familia, radicándose en Madrid y dedicándose desde entonces a la traducción y la escritura.